

toria y los agüeros de los mexicanos, y de él dependía toda la juventud de aquel pueblo; él á su vez estaba bajo la dependencia del *Mexicateohuátzin*, quien además tenía el poder inmenso de designar, precisamente de entre los que bajo su yigilancia se educaron en el *Calmecac*, á los que debían ocupar las dignidades del sacerdocio y del imperio. ¿Qué era el poder del rey ante ese sacerdote que le imponía á su antojo á todos los magistrados y funcionarios? Puede decirse, pues, que la dignidad del *Mexicateohuátzin* era la segunda en el sacerdocio, y sólo inferior en jerarquía al *Teotecuhli*: puede decirse más; que éste era el corazón del sacerdocio, pero aquel el cerebro.

Dignidades de otra jerarquía había también en el sacerdocio: tales eran, el *ometochtli*, gran sacerdote de *Tezcatzóncatl*, dios de la bebida, que presidía á otros cuatrocientos sacerdotes llamados *centzontochin*; los sacerdotes de *Centeotl*, la diosa del maíz, que vivían en ayunos y penitencias vestidos de pieles de fieras, y tenían por misión escribir en geroglíficos las historias; los *monauhziuhcauhque* que pasaban austerísima vida; y había aún, el *meloncoteohua*, los *chiconnahuácatl*, el *atempanteohuátzin*, el *tecanmanteohua*, el *tezcatzoncatlometochtli*, el *ometochtliyanhqueme*, y otros muchos que sería largo enumerar. Si se agregan los servidores de los templos, desde los mozelos empleados en la limpieza, las vírgenes que en ellos habitaban, guardadas según la expresión del cronista, no por puertas, sino por severas ancianas por dentro y por viejos cuidadores por afuera, y los innumerables educandos que del sacerdocio dependían, tendremos á éste abarcando bajo su dominio una gran parte de la población.

Pues todavía otra gran parte venía á depender del sacerdocio: los que se dedicaban á su mantenimiento. Ya hemos visto que en toda ceremonia se le hacían ofrendas; pero éstas no bastaban. Los mozos del *Telpuchcalli* llevábanles madera y leña de los montes, les construían sus edificios, salían á pedir limosna de comestibles, y aún hay cronista que afirma que cuando nada les daban, tenían derecho de arrancar de los campos las mazorcas de maíz para el sustento de los sacerdotes del templo en que servían. Según Torquemada, los templos tenían gran cantidad de rentas, comenzando por las primicias de los frutos del campo, y teniendo además en propiedad campos y heredades para el sustento y para la fábrica y reparación de los templos. Cuenta que en dichas tierras había gran número de vasallos de dichos templos, que las cultivaban; mientras que otros contribuían con vestidos y mantenimientos. Pueblos había dedicados á esto; y le llama la atención al cronista la cantidad de leña que entregaban, según él vió en una pintura, y que era necesaria para tanto brasero y hoguera que perpetuamente ardía á los dioses. Fuera de los templos se construían

grandes trojes para guardar las semillas. Los reyes cuidaban de aumentar estas rentas; y en esto se distinguió mucho Motecuhzoma. Yo creo para mí, que de los pueblos conquistados, una parte quedaba tributaria del templo, como otra parte lo quedaba del rey; y de esto hay indicios en las crónicas. Y para mí hay evidencia, pues en la colección de Lord Kingsborough existe un códice geroglífico, del cual nadie que yo sepa se ha ocupado, y que no es más que el libro de los tributos que se daban al templo. Así como había un libro de los tributos que se pagaban al rey, el cual original está en el Museo, y reprodujo el arzobispo Lorenzana en su edición de las Cartas de Cortés, y más tarde el mismo Kingsborough en el códice Mendocino, y en él se detallan los objetos y los pueblos contribuyentes; de la misma manera en el del templo, especificanse, ya el número de vigas ó de puas de maguey para el sacrificio, ya el *copalli* ó las mantas que se daban.

De rentas tan grandes nacía el poder sustentar tantos templos, y el hacer en ellos tan suntuosas solemnidades. Y no puede caber duda de que semejante pompa fué parte para cautivar la imaginación del pueblo y subyugarlo más. Las inmensas y vistosas procesiones, los cánticos sagrados, el lóbrego son del *huéhuell* y del *teponaxtli* en la mitad de la noche; las dilatadas y lujosas danzas sagradas; los coros de las vírgenes que como blancas visiones atravesaban los patios á la luz de la luna, ménos pura que ellas; y hasta la vida misteriosa y de penitencia de los *teopixque*, que cuidaban según el códice Ramírez, de clavar sobre las almenas las puas con que se sacrificaban para que el pueblo las viese; y sus abluciones en el *ezápan*; y sus trajes severos; y sus rostros negros y relucientes como la obsidiana; todo debía contribuir á afirmar más y más la supremacía del sacerdocio.

Pero no olvidaron los sacerdotes que el pueblo se les podía escapar de las manos, si no sabían aprovechar su valor indomable: raza esencialmente guerrera, temida por donde quiera y de todos huída con espanto, no podía ser dominada, sino por quien de ese mismo valor hiciera un poderoso instrumento. Es de suponerse que en su estancia en Tóllan, organizaron los aztecas de un modo definitivo su gobierno sacerdotal, pues vemos en su peregrinación, ya en el geroglífico del Museo, ya más claramente en el de Mr. Aubin, que inmediatamente después de la destrucción de la ciudad tolteca, y en la primera fiesta del fuego nuevo, hicieron la guerra para tener víctimas que sacrificar á su dios. Los sacerdotes inventaron esa teofanía, que convertía la guerra y explotaba el valor azteca en provecho tan sólo del dios. Por eso era que al nacer el niño, le ponían en una mano un pequeño *chimalli*, y en la otra las cuatro flechas del dios *Huitzilopochtli*.

Por eso era que al llevarlo ya mancebo al *Calmeac*, le deseaban como supremo bien, que saliese de allí ya adiestrado en el manejo de las armas para que fuese á morir en la guerra por su dios. Y por eso era en fin, que á los muertos en la guerra les daban por mansion eterna, no el tenebroso *Mictlan*, sino el espléndido sol, el mismo *Tonatiuh*.

Y para afirmar este dominio, aprovechando grandes calamidades y fingiendo enojos de sus dioses, hicieron celebrar el famoso pacto de la guerra sagrada entre México, Tlaxcalla y Huexotzinco, por el cual periódicamente salían esos pueblos á combate, no para adquirir glorias ni conquistar tierras, sino únicamente para hacer prisioneros que ofrecer á sus dioses, y así aplacar sus divinos enojos. De ahí vino, segun nos cuentan las crónicas, que se empeñasen los guerreros en las batallas, no en herir y matar á sus contrarios, sino en hacer el mayor número de prisioneros para ofrecerlos á las aras del dios. En el geroglífico del Museo, vemos la sorpresa del rey colhua, cuando los azteca le presentaron en *tenates*, las orejas que habían cortado á los xochimilca prisioneros. Y era el hacer prisioneros para el dios, el modo de ascender en el ejército tenochca, y de usar mayores distintivos. El valiente que había cautivado á dos enemigos, usaba un traje de algodón rayado, su *maquáhuil*, su *chimalli* rayado á semejanza del traje, un gorro sin plumas terminado en punta, y una manta con cenefa sencilla de rayas. El que había cautivado á tres enemigos, usaba el peinado rojo y con plumas, y su manta era bordada. El que cautivaba á cuatro enemigos, usaba manta listada de negro y naranjado con cenefa, y se cubría con una piel de tigre, por lo que se llamaba *Ocóltil*, que era ya gran dignidad en la milicia. Así, segun nos indican los geroglíficos del códice Mendocino, tan sólo el servicio del dios era camino para llegar á los altos puestos de la milicia, como la guerra no tenía otro objeto que la honra y la gloria de la divinidad.

Entonces fué cuando los sacrificios, que eran la ofrenda más propicia, se extendieron en proporción que espanta. Nació el niño y se le clavaban puas de maguey; los esposos se sacrificaban cuatro dias ántes de consumar el matrimonio, como el rey ántes de subir al trono; en los funerales se mataban enanos y servidores; sacrificábanse en el templo, mancebos y vírgenes, ancianos y sacerdotes; y dia á dia la guerra vomitaba centenares de cautivos sobre los *teocalli*, para que allí se les arrancase el corazón palpitante, dejando rodar su cuerpo ensangrentado por las gradas del *tzacualli*. Y eran tantos los sacrificados, que los sacerdotes ya bañados en sangre, se cansaban; y otros llegaban á ocupar su lugar, y otros, y otros; hasta que el sol se escondía entre sangrientos vapores.

El Sr. Ramírez hacía notar un hecho para él extraordinario: que los me-

xicanos en sus dos siglos de existencia jamas se rebelaron contra sus señores. ¿Y cómo, si la rebelion es la aspiracion de un pueblo á la libertad, al progreso, á la conquista de las ideas, y los sacerdotes se habían apoderado de todo lo que el pueblo tenía, no dejándole más ambicion que deramar la sangre ajena y su sangre propia por el dios y para el sacerdocio?

México era una laguna de sangre, en donde se ahogaban la familia, la sociedad, las magistraturas y los reyes, y en la cual solamente sobrenadaba lúgubre y espantosa la figura negra del *Teotecuhli*, del señor del dios!

### CAPÍTULO III.

Tonacateuhli.—Tezcatlipoca.—Quetzalcoatl.—Tradiciones nahoas.—Mitos astronómicos.—La civilizacion del Norte y la del Sur.—Los tlalalteca.—Los palencanos.—Los mayas.—Los meca.—Emigraciones.

Conocemos con el nombre de raza nahoá ó *náhuatl*, á la compuesta de los pueblos ó nacionalidades que hablaban el idioma que verdaderamente se llama *náhuatl*, pero que generalmente se conoce con el nombre de mexicano por haber sido la lengua del último imperio poderoso de la raza, el imperio de México. De muy antigua edad databa la existencia de la nacionalidad nahoá.<sup>1</sup> Recordaba como su primer edad cosmogónica, como el primer gran cataclismo de la humanidad el *Atonatiuh* ó sol de agua, en que la tierra fué inundada, y perecieron todos los hombres, ménos un par que se salvó en el tronco de un ahuehuete. El relato bíblico nos recuerda este cataclismo en el diluvio, y la ciencia lo refiere á la separacion de los continentes y hundimiento de la Atlántida. Conservaban un segundo recuerdo de época muy remota, pues segun sus tradiciones y pinturas, pereció segunda vez la humanidad por grandes tempestades de nieve, salvándose entonces tambien un par en el centro de una gruta: fué esta segunda calamidad el *Ehecatonatiuh* ó sol de aire, y corresponde á la época glacial. El tercer cataclismo, igualmente de fecha muy lejana, fué el *Tletonatiuh* ó sol de fuego, que corresponde á la época de las grandes erupciones volcánicas, cuyas huellas de edad inmemorial, se ven por donde quiera en el país. Muéstrase la antigüedad del hombre en México, por haberse encontrado rastros de su existencia entre los innumerables depósitos

<sup>1</sup> Véase mi Estudio arqueológico sobre la Piedra del Sol.